

EL CEREMONIAL DEL GALANTEO, EL CORTEJO Y LAS HUIDAS. ESTRATEGIAS MATRIMONIALES EN EL CONTEXTO RURAL TRADICIONAL DE LAS PITIUSAS

LINA SANSANO COSTA



Foto antigua galanteo.

En el contexto rural de Ibiza y Formentera, las formas de vida y de producción tradicionales pervivieron hasta mediados del siglo XX. Una de las más significativas peculiaridades

dencia a la autosuficiencia en Ibiza y Formentera, a la economía terciaria, con gran especialización del sector de servicios, fenómeno éste conocido por *balearización*. La aparición

ha sido, y ya desde la época púnica, la dispersión de la población rural que evidentemente repercutirá en los más diversos aspectos sociales, económicos, políticos..., en definitiva, culturales. Muchas de las arraigadas costumbres fueron perdiéndose a raíz de la Guerra Civil, otras lograron pervivir algunos años más hasta los años cincuenta y sesenta, trunciéndose con la irrupción de un nuevo modo de vida: el turismo, que supuso en el ámbito balear un salto drástico de la economía primaria con fuerte ten-

de oleadas de turistas con costumbres diferentes abrió las puertas a la modernidad. Numerosas fincas agrícolas fueron abandonadas y, especialmente la gente joven dejó la agricultura y ganadería que requería esfuerzos sin tregua, ante empleos en el sector turístico, con sueldos regulares. Este cambio iría evidentemente acompañado del abandono de ancestrales costumbres y tradiciones, y como en el caso que nos ocupa, de las formas de galanteo y cortejo que se llevaban a cabo en el ámbito rural.

El galanteo y las huidas, conocidas en las Pitiusas como el *festeig pagès* y las *fuites* respectivamente, son un conjunto de comportamientos que individualmente parecen propios y exclusivos de cada caso, pero que analizados desde un prisma menos empírico y con cierta distancia, significan toda una serie inteligible e inteligente de estrategias que tiene por objeto, juntamente con las reglas hereditarias, preservar el patrimonio familiar y, especialmente, proteger a las tierras de una excesiva fragmentación ofreciendo a la par un más alto porcentaje de éxito en estas nuevas uniones familiares.

Interpretadas las diferentes estrategias nos ofrecen la información necesaria para caracterizar a la

sociedad pitiusa rural tradicional como una sociedad que tendía a la endogamia (casamiento dentro del propio grupo o pueblo) y la homogamia (casamiento entre iguales, dentro del mismo grupo socioeconómico). Estas estrategias buscan no dispersar ni dividir más de lo estrictamente necesario el patrimonio familiar que se transmite a un solo hijo, el heredero, *l'hereu*, por lo cual domina la residencia patrilocal o virilocal, que es un modelo que prefiere la residencia del nuevo matrimonio en casa de la familia del novio, que es quien transmitirá no sólo el primer apellido de los hijos (patrilinealidad), sino también el nombre de la casa, *nom de casa*, muy importante en el contexto rural pitiuso donde la costumbre y la endogamia local producen una alta repetición de nombres y apellidos.

No podemos, pero, empezar a hablar del galanteo sin antes comentar que nos referimos a una sociedad con un alto sentido del honor, muy acentuado que, tal y como refiere Pitt-Rivers¹ sería común a otras áreas del Mediterráneo, comparables incluso a épocas de la antigua Grecia o a otras culturas de la cuenca oriental mediterránea, como se corrobora en diversos artículos a ellas referidos². Estamos hablando de una sociedad en la que la mujer es respetada cuando presenta sus virtudes de matrona y, las jóvenes solteras preservan su virginidad. En la sociedad tradicional pitiusa la mujer se encuentra siempre supeditada a la autoridad masculina, primero del padre y después de su marido. Por tanto, la época del galanteo parece ser su etapa más feliz: los padres tienen un trato más considerado y los chicos empiezan a interesarse por ella. Es la reina del momento, el centro de atención de jóvenes y adultos, unos por interés,



Foto Jordi Montlló. Los jóvenes campesinos tenían la costumbre de ir armados.

otros por creerse obligados al asesoramiento, por no hablar de las más jovencitas, que ven con admiración un modelo a imitar: ¡chicas jóvenes, felices y bien engalanadas!

Desde la antropología del parentesco son importantes todos los actos y rituales que conducen a un cambio de estatus individual, familiar y social. Estos tránsitos son los que en antropología se denominan ritos de pasaje y tienen la función básica de indicarnos los cambios de estatus de los individuos. Estos ritos de paso vienen conformados por tres estadios diferentes y sucesivos: la separación, la liminalidad o marginalidad y la incorporación.

Aplicados al tema que nos ocupa, las estrategias matrimoniales del ámbito rural tradicional de Ibiza y Formentera tendríamos los siguientes pasos:

1. El *festeig* o galanteo representa el inicio de la separación del individuo con su propio grupo familiar y social, su grupo de nacimiento. Aún pertenece al grupo familiar de origen pero empieza a preparar su cambio de estatus.

2. La liminalidad o marginalidad es un estadio intermedio, ambiguo y en cierta manera peligroso, precisamente por esta confusión que envuelve al individuo y que, en el ámbito rural tradicional de las Pitiusas, aplicaríamos

a los novios desde el momento en que se acaba el galanteo en grupo y éstos se *dan la palabra* y se prometen en futuro matrimonio; estipulan los *espòlits* o contratos o capitulaciones prematrimoniales, celebran la ceremonia religiosa y, un tiempo indeterminado después, inician su vida en común. Algún informante nos relató explícitamente que *una vez casados se pierde el derecho de seguir en la casa familiar*, deben salir e irse con su cónyuge. Excepcionalmente importante sería esta etapa de liminalidad para todos aquellos individuos que en lugar de seguir las pautas socialmente establecidas de galanteo-promesa de matrimonio-boda, optan por escaparse o fugarse, como veremos más adelante. Podremos también comprobar que la costumbre del galanteo ha entrañado a menudo cierto peligro, dado el uso de los muchachos de ir armados³.

3. La incorporación del individuo a su nuevo grupo familiar, cortando a menudo vínculos territoriales y patrimoniales, aunque no afectivos, respecto al grupo familiar de origen,

¹ PITT-RIVERS, J. *Antropología del Honor o política de los sexos*. Ed. Crítica. Barcelona, 1979.

² PERISTANY, J.G., (comp.) *El concepto del honor en la sociedad mediterránea*. Ed Labor. Barcelona, 1968.

³ Recordemos en este sentido el argumento de la novela del escritor BLASCO IBÁÑEZ, V. *Los muertos mandan*, inspirada en esta costumbre pitiusa. O bien los relatos, tal vez demasiado dramatizados del notario NAVARRO, Víctor *Costumbres en las Pitiusas*, Madrid, 1901.



Foto Puget. Archivo de imagen y sonido. Boda en la ciudad a principios de siglo XX.

producidos por el traslado a su nueva residencia, era una costumbre conocida como *juntarse o ir a buscar a la novia*. Sin duda esto es más evidente para los hijos e hijas no herederos que abandonan la casa paterna. Y en tiempos antiguos, al igual que pasaba en Cataluña y en general en el ámbito mediterráneo, en el caso de las jóvenes casadas con un *hereu* (heredero del patrimonio familiar), este estadio se formalizaba con la entrega del *clauer* (conjunto de llaves de la casa, que en el caso que nos ocupa iban ligados con un cadernón a la cintura, todo ello de plata) a la nuera, nueva *mestressa* (ama de la casa) por parte de la suegra que la acogía en su grupo. A pesar de las evidencias materiales que han pervivido hasta nuestros días, en Ibiza se han encontrado pocas informaciones sobre este punto, aunque sería necesario profundizar en ello y analizar las causas del abandono temprano de esta costumbre.

Una característica básica del rito de paso referido al matrimonio, a diferencia de otros, como el nacimiento, la adolescencia y la muerte es que el matrimonio no se refiere a un único individuo, sino que comporta cambios a dos protagonistas principales además de a sus grupos familiares de origen.

DESCRIPCIÓN

Pasar a describir las costumbres que precedían a la formación de nuevas unidades domésticas, nuevas familias, puede resultar un poco complicado ya que cada pueblo o localidad tenía sus propias especificidades y, es más, la dispersión de la población rural pitiusa de una parte, y la fuerte autoridad paterna por la otra, influida sin duda por las propias condiciones familiares y socioeconómicas, hacen que en cada casa las normas fueran las que establecía el propio padre de familia.

A pesar de todo, podemos apuntar unas pautas más generalizadas, sin englobar, aunque tampoco sin desmentir, algunos aspectos o anécdotas concretas, popularmente conocidos.

El *festeig pagès* o galanteo es un proceso largo que tiene por objeto que chicos y chicas se conozcan entre ellos, ya que estamos hablando de una sociedad tradicional, con un sistema de valores que dificultaba el libre acceso de la mujer a ámbitos externos de la casa y, mucho menos las solteras sin ir acompañadas. Esto suponía, evidentemente, un obstáculo para el encuentro entre los jóvenes de ambos sexos. Por tanto, estos encuentros debían realizarse en el contexto de la propia casa de la muchacha. Por esta

razón durante el galanteo, son los muchachos los que van de casa en casa, al objeto de ir conociendo y relacionándose con las chicas solteras a las cuáles podrá optar para formar su propia familia.

Pero, ¿cómo sabían los chicos a qué casas podían dirigirse para cortejar a chicas en edad de merecer? Se enteraban de ello mediante la parentela, amigos y con motivo de las salidas de dichas chicas con ocasión de la misa dominical, las fiestas patronales, los bailes en pozos y fuentes⁴, o por alguna reunión festiva de trabajo (matanzas, desgrane de maíz, despelleje de almendras...).

Los solteros, una vez tenían conocimiento de las casas adonde podían dirigirse para el galanteo, debían empezar por pedir permiso al padre de la chica, especialmente si esta todavía no había empezado a cortejar con nadie. Era el padre de ésta quien autorizaba o impedía que su hija pudiera empezar el galanteo o no. Una vez autorizado entramos como hemos comentado antes en el proceso de separación de la chica respecto a su familia. Los chicos, por su parte, desde el momento que se les permitía salir con los amigos o a cortejar también iniciaban su propio proceso de separación respecto a su familia. Normalmente esto era un proceso largo que podía alargarse durante tres, cuatro, siete, diez años...

EDAD DE LOS PROTAGONISTAS

La edad para empezar a cortejar podía oscilar entre los 14 y los 18 años para las muchachas, siempre a discreción de los padres. Alguna de nuestras informantes empezaron a los 12 años, pero la mayoría empie-

⁴ La costumbre de *ballades a pous i fonts* o bailes en pozos y fuentes estaba muy arraigada en las Pitiusas y ha pervivido e incluso resurgido con nuevo ímpetu en nuestros días. La Conselleria de Cultura del Consell Insular de Ibiza y Formentera, editó un calendario que refleja estas expresiones populares y existe bibliografía al respecto.

za entre los 14 y 16. Otra informante, entre risas, explicaba que cuando ella empezó, ya era «mayor», ya tenía «entendimiento», pues había cumplido los 19. En cambio, los muchachos empezaban entre los 16 y los 18 años. Tal vez podríamos señalar que se iniciaba este rito de paso cuando se acababa de salir de otro estadio intermedio, la adolescencia, etapa que hace referencia a todo aquel amplio sector de población no comprendido ni como etapa infantil ni como etapa adulta. Evidentemente no se empieza a cortejar hasta que no son considerados adultos: los muchachos debían obtener la autorización paterna para salir de casa con el grupo de amigos en las tardes y noches libres de las tareas del campo. Antiguamente esto podía ir precedido de una señal externa, de la cual existen numerosas referencias literarias y bibliográficas⁵. Nos estamos refiriendo a la costumbre de regalar al joven mozo un arma, una cuchilla, un puñal o una pistola, como señal de bienvenida al grupo de adultos⁶. Este hecho no debe descontextualizarse de una sociedad acuciada por continuos ataques de turcos y bereberes, hasta bien entrado el siglo XVIII, y acostumbrada por tanto a su propia auto-defensa con la formación de cuadrillas rurales de vigilancia costera⁷. Situación que unida a la ya comentada existencia de un fuerte sentimiento del honor, por no decir del carácter orgulloso y de un fuerte sentimiento del ridículo del campesino ibicenco y formenterés tal y como refieren diferentes crónicas de nuestros primeros ilustres visitantes, tal vez los primeros etnógrafos de las Pitiusas, como son el Archiduque

Luis Salvador de Austria y el francés Gastón Vuillier, crónicas que ambos ilustran con magníficos grabados.

Las muchachas en edad de cortejar empiezan a lucir, algunas de forma bastante ostentosa, otras no tanto o nada, las *emprendades* o conjuntos pectorales de joyas, realizados en coral y plata, los más antiguos, o en oro, con gran espectacularidad. Dichas emprendadas no son ni más ni menos que el indicativo de la posición socioeconómica de la familia paterna de la muchacha. A menudo estas joyas servían como fondo transaccional, a cuenta o en sustitución de su correspondiente parte obligatoria de la herencia, la *legítima*⁸. Como dato curioso es bueno comentar que en las pequeñas localidades del interior de la isla de Ibiza, de Sant Mateu d'Albarca i Sant Llorenç de Balàfia, parece ser que se había llegado a pactar que las muchachas no lucieran emprendada, ya que casi ninguna familia disponía de ellas, y así evitaban agravios comparativos, ya que como hemos dicho eran el primer indicativo de la riqueza de la familia de la muchacha.

Volviendo al tema de las edades, conviene explicar que dentro de una misma familia, no todos empezaban a la misma edad, primero porque cada persona tiene su propio ritmo biológico, y después porque todo estaba supeditado a la situación familiar coyuntural. Por ejemplo, si había más de una hermana con poca diferencia de edad, aprovechando la ocasión de tener el galanteo en casa, era más fácil que les hermanas menores empezaran a cortejar antes. En el otro extremo de la cuestión, un luto familiar riguroso retrasaba o impedía el inicio del galanteo. Esto implicaba un serio problema: si la muchacha cumplía demasiados años, difícilmente era visitada por los jóvenes cortejadores, y por otro lado, los chicos más

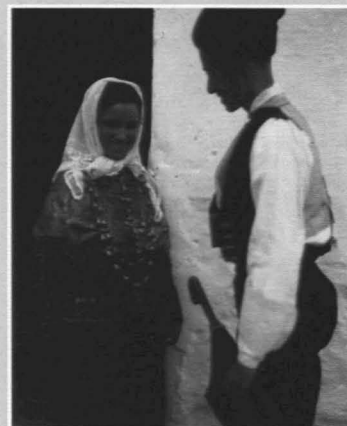


Foto Puget. Principios siglo XX. Archivo de Imagen y sonido. Pareja dialogando.

mayores siempre temían un posible rechazo, ante lo cual los de edad avanzada declinaban el galanteo.

LUGAR DEL GALANTEO

En general, podríamos hablar de dos ámbitos diferentes: el interior y el exterior. El lugar más habitual para el galanteo era el *porxo*, sala principal de la casa payesa de Ibiza y Formentera, que recuerda el antiguo *atrium* romano, lugar destinado a lo social, no privativo de la familia. En invierno el *porxo* era substituido por la cocina, junto a su *llar* encendida. La pareja se acomodaba en el poyo o en sendas sillas, uno al lado del otro. Habitualmente una tercera silla servía para que el muchacho apoyara un pie y un codo, como si quisiera cerrar el entorno, ofreciendo así una mayor intimidad a la pareja. Al otro lado de la estancia, el padre de la muchacha, o más habitualmente la madre se sentaban haciendo alguna labor, pero sin dejar de vigilar a la pareja. En verano se permitía que pudieran salir fuera de la casa, a la sombra de alguna higuera, sin alejarse del campo del paciente vigilante.

El galanteo en el exterior se llevaba a cabo en lo que en el derecho consuetudinario pitiuso ha dado en llamarse el *camí de missa*, es decir el camino hacia la iglesia. En el tra-

⁵ Hacen referencia a este hecho autores como los ya citados V. Navarro y V. Blasco Ibáñez, así como entre otros el Archiduque Luis Salvador de Austria en su conocida obra sobre las islas.

⁶ CARDONA, Susana, *Armes blanques, armes de foc*. Catálogo exposició temporal del Museo de Etnografía de Ibiza. Ibiza, 2004.

⁷ GARIJO FALCÓ, Belén, *Formentera defensa't! Torres costaneres, la defensa de les Pitiüses*. Catálogo exposición temporal del Museo de Etnografía de Ibiza. Ibiza, 2002.

⁸ SANSANO COSTA, Lina, «Costums i pret foral eivissenc». V *Jornades del Cultura Popular de les illes Pitiüses*. «Sa Nostra» Caixa de Balears, Eivissa, 2003.

yecto de vuelta después de la celebración eclesial dominical los padres permitían a las hijas el galanteo a lo largo del camino hasta la casa familiar.

Estos eran los lugares habituales y socialmente acordados para el galanteo. Pero ¿tenían los jóvenes suficiente con esto? Evidentemente, tanto ayer, como hoy, como mañana, ser joven y ser enamorado representa una etapa con muchos alicientes, muchos de los cuales pasan por la morbosidad de transgredir las normas. Esto no es un triunfo de los jóvenes de ahora, sino que las peripecias y artimañas para conseguirlo son antiguas. Cuando una pareja quería cortejar a escondidas de la vigilancia paterna pactaban continuar por las ventanas, costumbre popularmente conocida como *anar de finestres*. Dicen los malpensados que las muchachas que accedían a dichas entrevistas nocturnas era porque permitían cierto toqueteo. No lo vamos a desmentir, aunque en caso afirmativo debían producirse posturas difíciles a tenor de los altos ventanucos característicos de la arquitectura tradicional de las Pitiusas, que no son más que simples aberturas pequeñas y situadas a alturas aproximadas a la cabeza humana (no a la cintura o al pecho

como es más habitual). Pero algún informante atrevido nos explicaba su agilidad a la hora de encaramarse en algún puntal para conseguirlo. Evidentemente, todos conocen alguna divertida anécdota de algún joven sorprendido en plena noche, en esa tesitura, siendo fácil que recibiera algún garrotazo por parte del padre o madre de la chica. Es curioso constatar que los informantes varones se atreven a contar más experiencias en este sentido, en cambio las señoras entrevistadas suelen subrayar que a pesar de conocer la costumbre, ellas nunca se hubieran atrevido a hacerlo, porque no estaba bien visto, aunque dos de ellas reconocen haber pasado algún recado por el ventanuco.

DÍAS ESTABLECIDOS PARA EL GALANTEO

Se acostumbraba a cortejar dos o tres días a la semana. En primer lugar los domingos, día en que teóricamente no se debía de trabajar, por tanto era el más adecuado. Los jóvenes cortejaban el domingo por la mañana a la salida del oficio religioso y por la tarde, después de comer y, a veces, hasta la noche. Y después, por ejemplo, el jueves, y en las casas más permisivas, también el

martes y a veces el sábado. Como es de suponer, la frecuencia era la que autorizaba el padre de la chica. Entre semana era siempre por la noche, después de la cena, alargándose hasta que se iban todos los muchachos, hacia medianoche, incluso de madrugada. Debido a la dispersión de las casas rurales de las Pitiusas y a que los muchachos se desplazaban a pie, no es de extrañar que algunos informantes comentaran que cuando regresaban a sus casas, especialmente si habían visitado casas lejanas, el sol estaba ya en lo alto.

PROCEDIMIENTO

El muchacho que deseaba cortejar, iniciaba la caminata cuando el sol se ponía, a pesar de que al llegar a la casa escogida, no podría entrar hasta que la familia hubiera terminado de cenar y recoger. Si llegaba el primero podía pasar, siempre después de pedir permiso al dueño de la casa. Acostumbraba avisar de su presencia con un silbido y el dueño le contestaba *entrau si sou per casar* (entrad si sois soltero). Una vez dentro ya podía empezar a platicar con la chica, quién o bien ya estaba dispuesta y a punto, o bien se hacía esperar mientras se engalanaba no con sus mejores galas, pero sí bien acicaladas. En este punto hay discrepancias, ya que algunos concretan que eran sus mejores galas aderezado con las joyas, otros dicen que dentro de la casa no eran las mejores galas, ni lucían las joyas, que se guardaban para las ocasiones especiales y fiestas patronales.

Los jóvenes cortejadores se solían colocar en un extremo del *porxo* adoptando la colocación antes explicada, con una tercera silla delante de ellos y con la postura del chico ofreciendo cierta privacidad a la conversación de la pareja. A menudo, incluso, la chica sostenía un pañuelo de mano con el que se tapaba un poco la cara, postura que se ha conservado en las parejas de cantadores de glosas. El muchacho en oca-



Foto Raymar. Museo de Etnografía de Ibiza. Anillo de oro con el corazón y la llave que el novio regala a la novia.

siones traía un especie de mantilla al objeto de tapar y crear más intimidación, aunque esto era también vigilado. La tercera silla, situada enfrente de la pareja a veces daba pie a los demás muchachos que esperaban turno para sentarse allí y hacer un poco de burla, eso sí, con el consiguiente peligro de provocar una pelea.

En el otro extremo de la sala o *porxo* se sentaba el padre o la madre que aprovechaban para ir realizando algún quehacer o artesanía. Si, mientras, iban llegando más muchachos se sentaban lejos de la pareja y esperaban su turno para cortejar a la chica. El tiempo del que disponían cada uno era pactado entre ellos y debía ser escrupulosamente respetado. Una vez agotado si el galanteador no se despedía de la chica de motu proprio los que esperaban le avisaban tirándole una piedrecita a sus pies. Si no hacía caso había una segunda e incluso una tercera chinita. Desgraciadamente, llegar al tercer aviso suponía motivo seguro de pelea, lo cual no era un buen augurio si recordamos que los jóvenes campesinos tenían afición por ir armados, aunque como dice nuestro gran escritor ibicenco Marià Villangómez⁹, en su ponderada prosa sobre la historia de Ibiza, no hay que dramatizar sobre este tema, ya que según él la costumbre del galanteo en el campo pitiuso era la respuesta razonable a un contexto geográfico y social específico.

Retomando el tema de la despedida del chico, éste al acabar saludaba a la chica, salía fuera de la casa y



Foto Raymar. Museo de Etnografía de Ibiza. Clauer que antiguamente recibía la esposa a su llegada a la casa familiar.

si llevaba pistola disparaba un tiro, acto seguido volvía a entrar y se despedía de la familia. Si por no haber quedado contento del galanteo o por pura fanfarronería invertía los términos y primero se despedía y luego al marcharse definitivamente disparaba algún tiro, esto se consideraba una ofensa grave hacia la familia, viéndose el padre o uno de los hermanos en la obligación de vengar el desprecio. En cambio, si el galanteo había sido satisfactorio, el muchacho se dirigía hacia su casa, campo a través, haciendo *ucs* (gritos guturales de tres tiempos diferenciados muy característicos de la campiña pitiusa). Como cada uno tiene su propio estilo, el muchacho era reconocido, y la gente comentaba que a tal muchacho, le había ido bien el cortejo.

Los muchachos que esperaban el turno para cortejar a la chica se entretenían jugando a las cartas o charlando. Si los padres de la chica

no conocían bien su procedencia era el momento oportuno para dejar caer preguntas sencillas, cargadas de intención, al objeto de situar su condición socioeconómica. La madre preguntaba como quién no quiere la cosa: *I a ca vostra teniu hortet?* (¿Tenéis huerto en vuestra casa?). Ni mucho menos era una pregunta banal, no hay más que pensar que para disponer de huerto hay que tener agua en abundancia, cuanto más, cuanto mayor el huerto, por tanto era un buen indicador de la riqueza de la finca paterna del chico.

Hay alguna referencia bibliográfica¹⁰ que explica que antiguamente cuando una chica tenía muchos pretendientes, cortejaba con dos a la vez, estando obligada a mantener el mismo interés y cortesía con uno y otro. Esta costumbre era llamada *festeig al quantre*. Los mayores que hemos entre-

vistado no recuerdan esta expresión pero sí la de *festeig en remolí* o galanteo en grupo.

Esta costumbre de recibir a más de un chico en casa de la chica, era conocida como *festeig en grup* o *donar es lloc*, es decir, «galanteo en grupo» o «dar la vez», que es la parte que más pronto se abandonó con el devenir del tiempo, seguramente porque el dueño de la casa debía querer evitar las continuas peleas de los muchachos a causa de envidias y ofensas producidas durante dicho galanteo. Según la mayoría de informantes, los padres de las chicas decían: *aquí només festeja el primer que arriba!* (aquí sólo corteja el primero que llega). Y en estos casos los muchachos que no llegaban en primer lugar a la casa de la chica pretendida, ya podía dar media vuel-

⁹ Nos referimos a Eivissa. La terra. La història. La gent, de 1974, que tuvimos ocasión de comentar en el artículo sobre él publicado en *Homenatge a Marià Villangómez i Joan Mari Cardona*. Institut d'Estudis Baleàrics, 2004.

¹⁰ Nos referimos a BISÓN, Jean, *La terre et l'homme aux îles Baléares*. Édisud Aix-en-Provence. France, 1977.

ta e irse a otra parte, porque aquel día en esa casa no cortejarían. La mayoría sin rechistar demasiado se encaminaban a cualquier otra casa que conocieran donde hubiera chica en edad de cortejo. Y esta costumbre ya arrancaba de antiguo, porque muchos de ellos, al acabar el galanteo en una casa, todavía se dirigían a otra o otras más, y como la costumbre antigua obligaba a recibir a todo el que se presentara, se hartaba de cortejar. A esto se le llamaba *anar de revetla*, expresión que indica la repetición del acontecimiento. A algunas chicas esto no les importaba o tal vez no tenían más remedio que consentirlo, pero a la mayoría, especialmente si se hacían valer, no les gustaba y no lo consentían, porque consideraban que las trataba de *segundo plato*. Una de las informantes, de la localidad de *Sant Carles de Peralta*, explicó que en su casa, una noche cuando ya estaban a punto de retirarse a dormir, llegó un joven al que la costumbre obligó a invitar a pasar, hecho que dolió a la chica, tanto por ella misma ya que sabía que venía de visitar a otra chica, como también porque lamentaba que su madre, que ya estaba muy cansada, debería todavía alargar la velada. Sus palabras textuales fueron que «nunca había tenido tantas ganas de hablar como esa noche, pero no decía una palabra que no fuera para molestarlo, porque yo sabía que venía de otra casa».

Por otra parte, el galanteo *pel camí de missa* o en el trayecto de vuelta a casa tras la misa dominical tenía también sus peculiaridades. Se trataba de acompañar a la chica durante dicho trayecto. Tampoco en estas ocasiones se libraban de la vigilancia paterna o materna. Acabado el oficio religioso los muchachos se disponían en la puerta de la iglesia o en la placeta hasta que la muchacha escogida salía y la podían saludar. Era el momento en que, según diversas crónicas, disparaban a los pies de la chica. Aunque este extremo no lo recuerdan los informantes, Gastón Vuillier, entre otros lo recoge y además lo ilustra con uno de sus conocidos grabados.

En el caso de que más de un muchacho quisiera cortejar a la mis-

ma chica, en lugar de pactar el tiempo, se repartían el espacio del trayecto, y acordaban por ejemplo, hasta tal árbol el primero, o hasta tal piedra el otro... e ir dando la vez al siguiente. Con el tiempo, y de la misma forma que pasó con el galanteo en el interior de la casa, los padres sólo permitían el galanteo con uno solo, que sería el primero que lo pedía. Si por la razón que fuera los muchachos no se ponían de acuerdo, y con el fin de evitar una pelea, la madre cogía del brazo a la chica y exclamaba: *avui no en festejarà cap!* (hoy ninguno la cortejará).

A menudo sucedía que el mismo chico que acompañaba a la chica hasta su casa, si estaba satisfecho, quisiera continuar el cortejo por la tarde, o que la misma chica lo invitará a ir. Pero si después de la comida no era el primero en llegar a la casa, perdía la oportunidad. Por este motivo a menudo, especialmente cuando el interés acuciaba, el chico no se iba a su casa a comer, y se quedaba esperando fuera de la casa, sin comer, hasta que llegaba la hora permitida de entrar.

El galanteo *pel camí de missa* era a veces causa de algunas envidias entre las muchachas si se daba el caso que alguna de ellas tuviera muchos pretendientes y otra pocos o ninguno. Pero como ya hemos comentado antes, los hombres eran los que tenían la iniciativa, las muchachas sólo podían esforzarse en ser *honestas* (recatadas) y agradables, ya que tampoco se puede escoger ser guapa y rica. Por las informaciones recogidas, evidente-



Oleo Antonio Prats Calbet. Pareja paseando

mente, las de «buena casa» solían tener más pretendientes, y si además eran guapas y agradables tenían muchos puntos a su favor. Pero, lo que esta claro es que el galanteo es sobretodo una diversión para los solteros, especialmente para los más jóvenes que todavía no tenían prisa por escoger y prometerse. Buscaban visitar chicas simpáticas y divertidas, y muchas sin perder la compostura gastaban un humor muy picante y sabían cantar e improvisar glosas satíricas y divertidas que dependiendo del talento del muchacho también eran oportunamente contestadas.

ACTITUD MASCULINA Y ACTITUD FEMENINA

Como hemos ido viendo y, aunque nadie se ciñe a un único patrón, el hombre tiene una actitud un poco soberbia (popularmente un *gallet* o gallito). No sólo buscaba enamorar a

las chicas sino también presumir de ello ante el resto de muchachos, demostrar su valentía en caso de pelea aún antes que la sensatez, que no suele ser cómplice de los jóvenes. Es lo que tradicionalmente en las Pitiusas se conocía como un *verro*. En este sentido, no deja de ser curioso que entre el campesinado griego existía una figura semejante, denominada *varvatos*, que es definido como un gallito, es decir un muchacho «tan valiente» que no necesita demostrarlo, tal y como lo explica J.K. Campbell¹¹. Este concepto de *varvatos* al igual que *verro*, no es un término moral, sino que a veces puede llegar a describir una conducta deshonrosa y en ocasiones una capacidad algo despiadada.

Por otra parte, y como hemos comentado antes, el chico tenía la iniciativa de ir a cortejar a la casa que quisiera, incluso a más de una en una sola noche. En cambio la muchacha, sin salir de casa, tenía que conformarse con los chicos que se presentaban a su casa. De las chicas con ansias de cortejar se decía que iban *coua alta* (la trenza alta, aunque se refiere más bien a su pose o actitud). A pesar de todo, se esperaba que la actitud femenina fuera contenida, honrosa y recatada. Estas dos actitudes diferentes y confrontadas del hombre y de la mujer no son casualidad. Son complementarias una de otra (dominante y dominada o sumisa) y están en relación con el honor, y tal y como explica J.K. Campbell para el campesinado griego: el honor de la mujeres depende de la consideración que quieran darle los demás, por tanto las mujeres intentan proteger su honor en todos sus aspectos externos. La indumentaria femenina pitiusa tradicional cumple bien este requisito y esconde las formas del cuerpo femenino. La hombría de los hombres de cada familia protege el honor de sus mujeres de los ataques o insultos externos. Las mujeres

deben actuar con vergüenza y reserva al objeto de evitar que la hombría de sus hombres se vea en peligro, amenazada por alguna pelea. Visto al revés se concluye que *el honor de una familia lo pierde una mujer con una actitud licenciosa, pero es el hombre quién lo defiende o lo veng*.

La muchacha tiene la obligación de cortejar con todos los chicos que la visitan y además procurará ser cortés con todos ellos por igual, tanto si a ella le gusta el chico en cuestión como si no, ya que fácilmente podría causar envidia u ofensa a uno de ellos y provocar una pelea. Si actuaba así deliberadamente, la muchacha enseguida conseguía mala prensa. El comportamiento vanidoso de una chica podía ser censurado o castigado con las *pícarolades* o *cencerradas* y las *empallades* dejándole el camino hasta su casa lleno de paja, alfalfa, trozos de hoja de higo chumbo... e incluso «cosas» peores.

PROMESA DE MATRIMONIO

El galanteo se alargaba hasta que la chica se decantaba por uno de sus pretendientes, y este también por ella. Entre ellos se *daban palabra* y luego lo comunicaban a los padres, y si estos consideraban que su hija había hecho una buena elección tenían que *donar es boc*, es decir comunicar al resto de pretendientes que ya no podían ir más a cortejar a su hija. Esto no se decía abierta y claramente y se acostumbraba a hacer de diversas maneras: una era no ir a misa el domingo siguiente a la hora habitual, sino al atardecer o de madrugada. O bien cuando los pretendientes llegaban a la casa de la chica, la madre decía *avui no sortirà*, (hoy no saldrá). La mayoría de chicos lo entendía, pero algunos se lo tomaban mal y causaban algún enfrentamiento. Y esta era una de las causas que después explicaremos de las fugas. Si no se comunicaba enseguida que la chica ya se había prometido, se consideraba que la chica no actuaba honrosamente, *feia una trastada*, ya que

habiendo hecho su elección y habiendo ya dado su palabra a otro, no debía continuar recibiendo al resto de pretendientes.

Una vez comprometidos y en el caso de que la chica tuviera la *emprendada* (conjunto de joyas pectorales) completa, era costumbre que el novio le regalara *s'anellada*, los anillos de oro, veinticuatro en total, de diferentes modelos, de sello, de *castell*, de *borronat* y de *roseta*. Estos últimos llevan cadenitas colgando con el corazón y la llave que, popularmente, siempre se ha interpretado como que el novio le hacía entrega de su corazón y la llave que lo abría. Podríamos hacer una interpretación más arriesgada y decir que dicha llave simbolizaba lo mismo que las llaves del antes mencionado *clauer* ibicenco (conjunto de llaves), presentándose como ornamento de los anillos, una vez que ya se había dejado de lado el uso del *clauer*. Esto, evidentemente, se debería corroborar con las cronologías de los *espòlits* o capitulaciones matrimoniales y testamentos que lo aluden.

Los anillos eran lucidos el domingo siguiente de su entrega, signo evidente de que ya se había comprometido y se había acabado el galanteo en grupo. Si la chica no tenía toda la *emprendada* su prometido no tenía dicha obligación de regalarle todos los anillos. Evidentemente esto es una forma o estrategia que conducía al casamiento entre iguales, y a pesar de que entre los campesinos de las Pitiusas no había grandes diferencias socioeconómicas, se tendía, como ya se ha apuntado a la homogamia o casamiento entre iguales, a pesar también de que los padres siempre intentaban mejorar la posición de los hijos. Si algún muchacho iba a cortejar a una chica que podía estar por encima de sus expectativas, se le llamaba *cul terrós*, haciendo referencia a una persona de condición humilde que pretendía a una chica de casa rica.

La entrega de los anillos vendría a ser la *dote indirecta* que no se debe confundir con lo que se llama *precio*

¹¹ «Honor y vergüenza» en PERISTANY, 1968 (Op. cit.).



Postal antigua Viñets. La madre de la muchacha vigila durante el galanteo.

Las muchachas, por su parte, aportaban la *caja de novia* o la cómoda, con su propia ropa que normalmente ella misma había cosido y bordado. No era costumbre en el campo pitiuso preparar ajuar a las hijas, pero sí aportar *dote y legítima*. Esta no era siempre pagada en tierras, sino que se le podía descontar de la cuantía de lo que se llevaba en ropa y joyas. Todo esto se pactaba de palabra o por escrito en los *espòlits*, que son los contratos o capitulaciones matrimoniales, en los cuales se distinguía: 1) La donación de los padres a los con-

trayentes con reserva de usufructo. 2) La dote y regalos a la novia en ropa y joyas. 3) Nombramiento de los contrayentes de su futuro heredero, que no es forzosamente el primogénito como en el derecho foral catalán. Y, antiguamente, el novio estaba obligado a garantizar mediante hipoteca legal sobre sus tierras el total de lo aportado por la mujer, más la mitad más, lo que se conoce como *escreix* y que teóricamente se devolvía a la mujer en caso de disolución del matrimonio, en compensación a la virginidad de la chica.

Celebrada la ceremonia religiosa se hacía un convite donde no faltaban la música y el baile tradicional. Y por norma general, la novia todavía retornaba a la casa paterna, hasta un tiempo después, hasta que se acordaba *ajuntar-se* (juntarse) y el novio iba a buscarla, y se producía la incorporación de la mujer a su nuevo hogar.

LAS FUGAS

No podemos dejar de explicar las causas que motivaban la fuga de una chica. En primer lugar cabe señalar que cuando una chica huía, lo hacía, normalmente, en compañía de alguna persona de confianza que pudiera cuidar de la honestidad de la chica, y la llevaban a casa de algún familiar. A menudo no era ni tan siquiera el novio el que se la llevaba, aunque sí por encargo suyo. Normalmente no se producía cohabitación, ni suponía el inicio de la vida marital. Se hacía a pleno día y se guardaba escrupulosamente el honor y la virginidad de la muchacha. Esto hacía que luego no se produjeran represalias familiares, ni sociales. Al contrario, la pareja que se fugaba ganaba un cierto prestigio moral. La gente de la casa donde se amparaba eran los encargados de ir a convencer a los padres. Éstos solían aceptar el hecho y consentían el matrimonio. Pero sí que significaba, al menos simbólicamente, la precipitación de la etapa de *incorporación* de la chica a su nuevo status.

Las causas principales que motivaban las fugas son cuatro: 1) Los padres se oponían de forma directa a la elección hecha por su hija y prohibían las relaciones. Deseaban, sin duda, poder mejorar su posición, especialmente cuando ella era de *bona casa* y en cambio él de una posición más humilde. O también porque a los padres no les gustaba el chico como persona. Esta es la causa más frecuente y la que tendría un sentido menos práctico, desde el punto de vista económico, pero sí un fuerte componente romántico, ya que es el triunfo del amor sobre otros factores de conveniencia socioeconómica. 2) Es una huida simulada, porque era con el consentimiento de los padres, o incluso por su instigación, movidos éstos a veces, por la premura de no dejar perder un buen partido, especialmente si la chica era joven para decidirse. A la vez, con esta decisión solucionaban el tema de los numerosos pretendientes que la asediaban y sus posibles conflictos por

de la novia, que es una circulación de bienes de la familia del novio a la familia de la novia, como compensación a su pérdida. En cambio, la dote indirecta son bienes que circulan desde la familia del novio hacia la novia directamente, pasando a ser de su exclusiva propiedad y, por extensión, de la nueva unidad doméstica, que a menudo residirá en la misma casa de la familia del novio, especialmente si éste es el *hereu* (residencia patrilocal/virilocal), por tanto, a veces, éstos bienes ofrecidos a la novia no se llegan a alienar.

Una vez prometidos tenían que pactar lo que cada parte aportaría para la formación de la nueva unidad doméstica. El joven, si era el *hereu*, aportaba la casa con el paramento (ajuar) y las tierras. Si no era el heredero tenía que buscar una finca para trabajarla como mayoral o jornalero, o bien, especializarse en un oficio.

envidias. 3) La tercera causa es un poco más difusa y representaría una oposición indirecta de los padres, o más bien dicho, una expresión de ciertas reticencias hacia la elección de la hija, sugiriéndole que no diera todavía su palabra y que siguiera con el galanteo en grupo. Sucedió entonces que el muchacho se impacientaba y temía que la chica cambiara de opinión si se presentaban mejores pretendientes, por lo que le pedía que se fugara. 4) La fuga protagonizada por parejas muy jóvenes con el afán de imitar estos episodios que llaman la atención y aumentan el prestigio como si se tratará de una heroicidad. No hemos encontrado ningún testimonio que confirme esta causa que apunta el historiador ibicenco Isidor Macabich¹² y que también se apunta en algunos de los casos que explican Jorge y Paula Demerson¹³. Estos casos sí que eran reprobados, a diferencia de los anteriores.

SOLTERÍA Y MATRIMONIOS DE CONVENIENCIA

A pesar de estas diferentes maneras de llegar al matrimonio y a la constitución de una nueva unidad doméstica, siempre había alguien que encontraba dificultad en elegir a su pareja, y dado que el modo de vida de la economía rural tradicional se basa en la explotación familiar de las tierras, con una división sexual y por edad de las tareas lo más recomendable era agotar las posibilidades, para lo cual se recurría a la parentela y conocidos para intentar concertar un matrimonio de conveniencia. Era fácil que en estos casos se tuviera que recurrir a algún pariente no muy lejano, con lo cual había que solicitar la consabida dispensa matrimonial, necesaria para los matrimonios dentro del cuarto grado de parentesco. Las principales cau-

sas que se exponían para solicitarla eran dos: *edad superadulta de la oratriz* y *carencia de dote*.

A pesar de todo, en caso de no concertarse matrimonio y teniendo en cuenta que el sistema de transmisión de la tierra era a través de un solo heredero, haciendo que los demás hijos al casarse dejaran la casa paterna, el derecho foral pitiuso establecía el *dret d'habitació* mediante el que se contemplaba la obligación del hermano heredero de permitir al hermano/a soltero/a la permanencia en la casa paterna, con derecho a una habitación propia, a usar la cocina, la cisterna, disfrute del huerto... A cambio, se acostumbraba que este miembro colateral legara la parte obligatoria de su herencia, la legítima, al hijo de su hermano el *hereu*, normalmente ahijado suyo. Evidentemente el objetivo es siempre dividir lo menos posible la finca tal y como ya se refirió cuando se explicó el tema de derecho foral¹⁴.

Finalmente y a pesar de que se tendía a los matrimonios entre iguales, y a poder ser dentro del mismo pueblo, tal y como señala J. Bestard¹⁵ especialmente para el caso de



Postal antigua Viñets, iniciando el galanteo.

Formentera, la gente piensa que lo ideal es casarse entre gente conocida, sin ser familia, pero sin ser demasiado extraños. Conviene casarse *ni massa prop, ni massa lluny*, es decir ni muy cerca ni muy lejos. Y prueba de esta endogamia local es la repetición de apellidos que se produce en cada una de las localidades de Ibiza y Formentera.

El galanteo no era polémico siempre que los jóvenes supieran escoger siguiendo el criterio de los padres, que aunque deseaban mejorar la situación de los hijos, si la persona escogida era trabajadora y honesta los padres se conformaban. En caso contrario, los jóvenes se fugaban como forma de coaccionar a los padres, estrategia que estaba socialmente aprobada y validaba matrimonios desiguales, significando también el triunfo de factores románticos sobre otros más materiales.

¹² MACABICH LLOBET, Isidor. *Historia de Ibiza*. Barcelona, 2ª Ed. Art-85. IV Volumen.

¹³ DEMERSON, Jorge y Paula. *Sexo, amor y matrimonio en Ibiza, durante el reinado de Carlos III*. El Tall del Temps/16. Mallorca, 1993.

¹⁴ SANSANO COSTA, Lina. *Costums i dret foral eivissenc*. V Jornades de Cultura Popular de les illes Pitiüses. Sa Nostra, Caixa de Balears. Eivissa, 2003.

¹⁵ BESTARD CAMPS, Joan. *Casa y familia. Parentesco y reproducción doméstica en Formentera*. Institut d'Estudis Baleàrics. Palma, 1986. Y «La estrechez del lugar y la protección patrimonial: el significado social de los matrimonios consanguíneos en Formentera» en *Antropología de los Pueblos de España*. Taurus Universitaria. Madrid, 1991.